

O

EL ARTE DE CELEBRAR

**LA ESPIRITUALIDAD DE
COMUNIÓN EN LA LITURGIA
DE LA PALABRA DE LA MISA**

PARA TI ES MI MÚSICA

**¿QUÉ CANTAR EN LA
INICIACIÓN CRISTIANA?**

EL ARTE DE ORAR

**HACEMOS ESCUELA
DE ORACIÓN MOVIDOS
POR LA FE**

LITURGIA Y PIEDAD

**CULTIVAR LA FE LLEVA
A UNA ALABANZA
VERDADERA**

AL SERVICIO DE LA ASAMBLEA

**LA PARTICIPACIÓN
ACTIVA FORTALECE
LA FE PERSONAL Y
COLECTIVA**

CUMBRE Y FUENTE

**LA EUCARISTÍA,
FUENTE DE
CONVERSIÓN**

AUTOR INVITADO

**VER CON LOS OJOS
DE JESÚS**



SOLANGEL MATERÓN PALACIOS, CATEQUISTA

**VER CON LOS
OJOS DE JESÚS**

PAG. 15



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

Coordinación arquidiocesana
de vida litúrgica y oración

CONTENIDO

PÁG. **3** EL ARTE DE **CELEBRAR**
LA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN EN LA LITURGIA DE LA PALABRA DE LA MISA



PÁG. **5** PARA TI ES MI **MÚSICA**
¿QUÉ CANTAR EN LA INICIACIÓN CRISTIANA?



PÁG. **7** EL ARTE DE **ORAR**
HACEMOS ESCUELA DE ORACIÓN MOVIDOS POR LA FE

PÁG. **9** LITURGIA Y **PIEDAD**
CULTIVAR LA FE LLEVA A UNA ALABANZA VERDADERA



AL SERVICIO DE LA **ASAMBLEA** **11**
LA PARTICIPACIÓN ACTIVA FORTALECE LA FE PERSONAL Y COLECTIVA



PÁG. **15**
AUTOR

INVITADO
SOLANGEL MATERÓN PALACIOS, CATEQUISTA

VER CON LOS OJOS DE JESUS: UNA MISION EVANGELIZADORA INCLUSIVA E INCLUYENTE PARA Y POR LAS POBLACIONES CON HABILIDADES DIVERSAS

CUMBRE Y **FUENTE** **13**
LA EUCARISTÍA, FUENTE DE CONVERSION



CRÉDITOS

TEXTOS:
Coordinación de vida litúrgica y oración
Arquidiócesis de Bogotá

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:
Jazmín Quitián Vanegas

FOTOGRAFÍA:
Magnific.com, aciprensa.com, vaticannews.va,
arquibogota.org.co y elcatolicismo.com.co

LA LITURGIA DE LA PALABRA ES TAMBIÉN UN ESPACIO DE COMUNIÓN ECLESIAL QUE REVELA LA HONDURA DE UN ACTO QUE CONVOCA, FORMA Y UNIFICA A LA ASAMBLEA

LA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN EN LA LITURGIA DE LA PALABRA DE LA MISA

En la celebración del misterio eucarístico confluyen simultáneamente lo que *Sacrosanctum Concilium* presenta como las dos grandes mesas que alimentan la vida de la Iglesia: la mesa de la Palabra de Dios, abierta con abundancia para que los fieles reciban un alimento espiritual más rico (Cf. SC 51), y la mesa del sacrificio, en la que la comunidad participa plenamente del misterio pascual (Cf. SC 48). Desde esta perspectiva, la Liturgia de la Palabra es también un espacio de comunión eclesial que revela la hondura de un acto que convoca, forma y unifica a la asamblea. En este momento

Al responder con salmos, aclamaciones y oraciones, la asamblea aprende a hablar con una sola voz, a discernir juntos y a sostenerse en la fe

de la misa, la Iglesia se reconoce reunida por iniciativa de Dios, que habla a su pueblo y lo configura como cuerpo vivo.

Y es que partimos de la certeza de que la proclamación de las lecturas y su correspondiente homilía ofrecen un horizonte a partir del cual cada fiel, en el contexto de su vida familiar y comunitaria, abre su corazón a la voz de un Dios que se muestra cercano cuando habla para iluminar la existencia de cada oyente en el curso de la vida cotidiana. En consecuencia, esta dinámica genera una comunión profunda: los creyentes, que podrían correr el riesgo de reconocerse destinatarios solitarios o exclusivos de la voz divina, descubren que comparten con todos los demás hermanos una misma historia de salvación, un mismo llamado y una misma misión. La Palabra, acogida con fe, se convierte en vínculo que une, corrige, consuela y fortalece.

Mientras la Liturgia de la Palabra educa a la comunidad en la escucha mutua, también provoca una respuesta mancomunada como eco al mensaje recibido. Al responder con salmos, aclamaciones y oraciones, la asamblea aprende a hablar con una sola voz, a discernir juntos y a sostenerse en la fe. Este ejercicio de participación activa crea un clima de fraternidad que se prolonga más allá del rito, impulsando a vivir relaciones más justas, solidarias y misericordiosas, tal como caracteriza el espíritu de la oración de los fieles, en la que estas disposiciones se convierten en plegaria compartida. Esto es especialmente importante en contextos donde la vida comunitaria enfrenta desafíos tales como distancias, ritmos laborales, diversidad cultural o fragilidad pastoral. Frente a estas múltiples complejidades, la Liturgia de la Palabra se convierte en un punto de referencia estable. Allí la comunidad se reconoce, se anima y se renueva mutuamente.

En definitiva, la comunión que brota de la Liturgia de la Palabra no es solo afectiva o pedagógica, sino espiritual y comunitaria: nace de la acción de Dios que convoca, ilumina y transforma; e incentiva la comunión de los fieles porque los reúne en una misma escucha, los introduce en un mismo dinamismo de conversión y los orienta hacia un mismo horizonte de fe. Al acoger juntos la Palabra, la comunidad aprende a discernir unida, a sostenerse mutuamente y a dejarse modelar por la voz del Señor que habla hoy a su Iglesia. Así, la comunión que surge de la escucha compartida se convierte en fundamento de toda la vida eclesial: una unidad que no depende de afinidades humanas, sino de la iniciativa divina que edifica a su pueblo y lo envía al mundo sostenido por la fuerza del Evangelio.

*John Álvaro
JIMÉNEZ CARVAJAL,
Pbro.*

Al acoger juntos la Palabra, la comunidad aprende a discernir unida, a sostenerse mutuamente y a dejarse modelar por la voz del Señor que habla hoy a su Iglesia

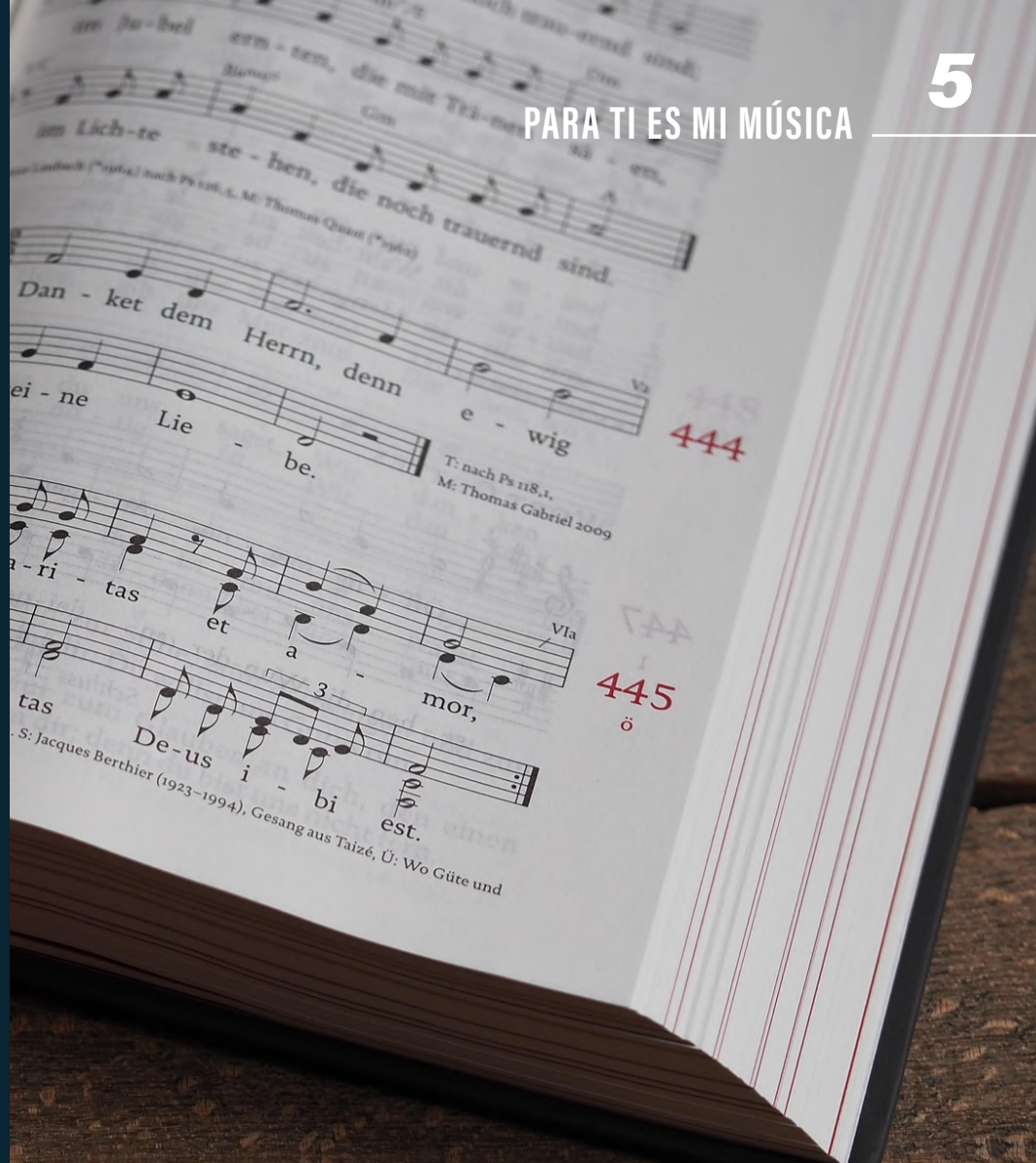


¿QUÉ CANTAR EN LA INICIACIÓN CRISTIANA?

La celebración de la Iniciación Cristiana, que se efectúa la noche de la Vigilia Pascual, es muy rica en liturgias y rituales. Aunque el Ritual de la Iniciación Cristiana (RICA) prevé la posibilidad de una celebración simplificada, se obstaculiza su comprensión cuando, por razones de tiempo, se suprime algo. Por tanto, tratándose de una celebración tan significativa del año litúrgico, es necesario celebrarla bien, dando relevancia a cada rito no solo con las oraciones y los gestos sino también con cantos apropiados para enriquecer la experiencia espiritual de los catecúmenos y hacer que toda la asamblea viva la celebración en un ambiente de alegría y de fe.

ESCOGER CANTOS APROPIADOS PARA ENRIQUECER LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DE LOS CATECÚMENOS Y HACER QUE TODA LA ASAMBLEA VIVA LA CELEBRACIÓN EN UN AMBIENTE DE ALEGRÍA Y FE

Teniendo en cuenta que los obispos de Colombia en su Instrucción “Sobre algunos aspectos importantes en la celebración eucarística”—apéndice contenido en la nueva edición del Misal Romano para Colombia—, invitan a los cantores, coros y ministerios a mantener fielmente el texto íntegro de los cantos del ordinario de la Misa y poner el mismo empeño en evitar todo lo que tenga sabor profano como las letras religiosas montadas sobre melodías de moda o sobre melodías populares, hacemos aquí algunas sugerencias.



Los cantos han de ser bien escogidos para resaltar las cuatro grandes liturgias. En la Liturgia de la Luz es fundamental el canto que acompaña la procesión del cirio pascual, ya que proclama a Cristo resucitado, luz del mundo y vencedor de las tinieblas, que avanza delante del pueblo indicando el camino que lleva a la eternidad. El pregón pascual que, en lo posible, canta el diácono o el sacerdote, es el canto más importante del lucernario, por lo que se ha de procurar cantarlo de óptima manera. En la Liturgia Bautismal son relevantes el canto de las letanías de los santos, la respuesta a las promesas bautismales o la renovación de las mismas; y el canto bautismal mientras los catecúmenos se acercan a la fuente bautismal o durante la aspersion de agua a toda la asamblea, en recuerdo de su bautismo. Y antes de la confirmación, un breve estribillo para invocar la presencia del Espíritu, propicio para acompañar la unción y la oración.

La liturgia eucarística puede empezar con un buen canto de presentación de los dones o, en su defecto, un momento de música instrumental. El canto del sanctus, la aclamación al memorial y el amén de la



doxología han de corresponder al espíritu festivo de la celebración. Lo mismo que el canto de comunión cuyas letras enfatizarán la común unión de la asamblea con el misterio celebrado.

Cuando la Iniciación Cristiana se celebra en distintos momentos también el canto tiene su importancia. Durante el Bautismo: "el canto enriquece en gran manera la celebración pues aviva la unanimidad de los asistentes, fomenta la oración comunitaria y expresa la alegría pascual que debe manifestar este rito." (Ritual del Bautismo de Niños, 64). Primero, el canto de la procesión de entrada desde el lugar de acogida hasta el lugar de la Liturgia de la Palabra, ha de referirse al pueblo de Dios, la Iglesia santa a la que se van a incorporar los catecúmenos o a la nueva vida que se les va a dar en la fuente bautismal. Terminada la profesión de fe, un canto o una aclamación expresaría con fuerza el asentimiento de toda la asamblea. Después del bautismo una breve aclamación del pueblo sería oportuna para dar gracias a Dios por el nuevo nacimiento. Un canto bautismal en caso de que haya procesión del baptisterio al altar expresando la vinculación del

Bautismo con los otros sacramentos de la iniciación cristiana. Y, antes de la bendición el canto del *magnificat* o un canto a la Virgen para expresar la devoción a Nuestra Señora. (RBN 135)

En la confirmación, los cantos deben hablar del don de Dios, la fuerza del Espíritu y el seguimiento testimonial de Cristo. (*Ceremoniale Episcoporum*, 1179). Hay que evitar se confunda lo valiosamente juvenil con lo frívolamente superficial. (Directorio Litúrgico Pastoral Canto y Música en la Celebración de la CEC 180). El Ritual de Confirmación dentro de la misa, entre otros, indica se tengan en cuenta los siguientes cantos: un canto con el que los fieles proclamen su fe, terminada la renovación de las promesas del Bautismo. Un canto apropiado durante la unción de los confirmandos. (RC, 46) Y, finalmente, un canto de envío o de misión antes de la bendición final.

Tanto en el Bautismo como en la Confirmación dentro de la Eucaristía, se deben escoger bien los cantos de los diversos ritos que se celebran y mantener un equilibrio en que se vea la vinculación de todos los sacramentos con la Eucaristía, de la que procede todo el bien de la Iglesia. Así también, se debe escoger melodías sencillas participativas o cantos tradicionales a los que toda la asamblea se pueda unir fácilmente.

*José Antonio
ZAPATA NOLE,
Pbro.*

HACEMOS ESCUELA DE **ORACIÓN** MOVIDOS POR LA FE

Nadie nace sabiendo orar. Es necesario aprender a entrar en diálogo amoroso con Dios. Recurramos a quienes se han adentrado en el arte de orar. Hay tantas formas de orar como posibilidades humanas. Hagamos escuela de oración movidos por la fe, teniendo presente que necesitamos un mapa, nos conviene un itinerario y siempre urge un acompañante.

Nadie aprende a orar solo. Jesús mismo aprendió de sus padres, "Jesús fue creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres" (Lc 2, 52). Juan Bautista enseñaba a sus discípulos y los discípulos de Jesús le pidieron les enseñara: "Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos" (Lc 11,1).

El Catecismo de la Iglesia Católica proclama que la oración no es solo

un impulso espontáneo (n. 2650), por lo que amerita aprender a orar: querer orar, dejarse educar por la Tradición viva de la Iglesia, pues, en la Iglesia creyente y orante, el Espíritu Santo transmite la experiencia de oración a los hijos de Dios. La tradición de la oración cristiana es parte del crecimiento de la fe, especialmente mediante la contemplación y la reflexión de los creyentes que guardan en su corazón las palabras y acontecimientos de la salvación (n. 2651).

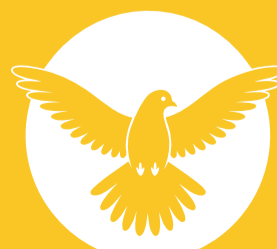
**NECESITAMOS UN
MAPA, NOS
CONVIENE UN
ITINERARIO Y
SIEMPRE URGE UN
ACOMPañANTE**



Nadie aprende a orar solo. Jesús mismo aprendió de sus padres



En la Iglesia creyente y orante, el Espíritu Santo transmite la experiencia de oración



La tradición de la oración cristiana es parte del crecimiento de la fe

Aprender a orar significa entrar en una escuela de humildad y confianza



Hacer escuela significa también reconocer que se ora como se vive, y se vive como se ora



Cada gesto cotidiano puede ser expresión de fe, y cada momento de silencio, encuentro con Dios

Ahora bien, la oración requiere voluntad y aprendizaje; decidirse a hacerlo con constancia, incluso cuando cuesta. Para esto es necesario conocer lo que la Escritura revela sobre la oración y, además, aprender a orar en la práctica, guiados por maestros en la Tradición viva de la Iglesia.

Movidos por la fe retomamos del Catecismo que la oración es vital para la vida cristiana, tan necesaria como el aire y el agua para la existencia física: sin ella, la fe se marchita. Desde la fe se reconoce que orar es entrar en una relación viva con Dios, un coloquio de amor entre los hijos y su Padre, por medio de Cristo en el Espíritu Santo.

Aprender a orar significa entrar en una escuela de humildad y confianza. La oración enseña a vivir atentos, perseverantes y confiados en Dios, reconociendo que no todo depende de nuestras fuerzas, sino de su gracia.

La Iglesia está llamada a hacer escuelas donde se aprende a orar.

Allí, la experiencia se transmite de generación en generación, como una tradición viva que no se queda en teoría, sino que se alimenta de la contemplación, la escucha y la práctica espiritual. En comunidad, los creyentes descubren que la oración no es un acto aislado, sino un camino compartido.

Hacer escuela de oración significa también reconocer que se ora como se vive, y se vive como se ora. La coherencia entre oración y acción es esencial: la oración transforma la vida, y la vida se convierte en oración. Cada gesto cotidiano puede ser expresión de fe, y cada momento de silencio, encuentro con Dios. La oración es camino que se aprende, cultiva y transmite. Es escuela porque forma el corazón, fortalece la fraternidad y abre la vida a la gracia.



**LA IGLESIA ESTÁ
LLAMADA A
HACER ESCUELAS
DONDE SE
APRENDE A ORAR**

*Víctor Ricardo
MORENO HOLGUÍN,
Pbro.*

CULTIVAR LA FE LLEVA A UNA ALABANZA VERDADERA

**MUÉSTRAME TU FE SIN OBRAS
QUE YO POR MIS OBRAS TE
MOSTRARÉ MI FE**

La alabanza en la tradición teológica católica no puede reducirse a una expresión meramente verbal, estética o emocional —como la oración vocal o el canto—, aunque estas formas sean auténticas y necesarias. Más profundamente, la alabanza constituye una respuesta integral del ser humano a Dios, en la que se articulan inseparablemente el culto litúrgico y la caridad operante. Es, por tanto, una realidad teologal que compromete tanto la *lex orandi* como la *lex vivendi*. En primer lugar, la vida litúrgica es el ámbito propio donde la Iglesia, Cuerpo de Cristo, ofrece a Dios el sacrificio de alabanza perfecto, especialmente en la Eucaristía. Allí se realiza sacramentalmente la glorificación del Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo. Sin embargo, la misma tradición bíblica advierte del riesgo de una escisión entre culto y vida. El profetismo de Israel denuncia con fuerza el formalismo vacío, en el que los ritos pierden su valor cuando no brotan



de un corazón convertido. En este sentido, Oseas 6, 6 establece un principio hermenéutico fundamental: “Misericordia quiero y no sacrificio”. No se trata de una negación del culto, sino de su purificación: el sacrificio es verdadero solo cuando está animado por la misericordia y el conocimiento de Dios.

De manera complementaria, Isaías 58, 6-7 profundiza esta corrección al mostrar que el culto agradable a Dios se verifica en la justicia concreta: “partir el pan con el hambriento... hospedar a los pobres sin techo”. Aquí la alabanza se desplaza del ámbito



En consecuencia, la vida cristiana entera se convierte en alabanza cuando integra armónicamente la participación en la liturgia y el ejercicio concreto de la caridad. La Iglesia no solo canta la gloria de Dios, sino que la hace visible en la historia mediante el servicio a los más pobres, donde Cristo mismo se hace presente. Por ello, la síntesis más adecuada de esta comprensión se encuentra en la afirmación apostólica de Santiago 2:18: “Muéstrame tu fe sin obras, y yo por mis obras te mostraré mi fe”. La verdadera alabanza cristiana no se agota en palabras, sino que se verifica en una fe que actúa por la caridad, haciendo de toda la vida un culto agradable a Dios.

exclusivo del templo hacia la existencia cotidiana, revelando que el verdadero ayuno —y por extensión, toda forma de culto— consiste en la entrega al prójimo necesitado. Esta perspectiva no es una espiritualización de la ética, sino una sacramentalización de la vida: el hermano pobre se convierte en lugar teológico donde se honra a Dios.

Así, la alabanza auténtica implica una doble dimensión inseparable. Por un lado, la dimensión vertical, litúrgica, en la que el hombre reconoce la gloria de Dios y participa en el misterio pascual de Cristo. Por otro, la dimensión horizontal, ética y caritativa, en la que ese reconocimiento se traduce en obras de misericordia corporales y espirituales. Ambas dimensiones no son paralelas, sino intrínsecamente unidas: la liturgia sin caridad es vacía, y la caridad sin referencia a Dios pierde su carácter teologal.

*Nicolás
GARZÓN,
Pbro.*



LA PARTICIPACIÓN ACTIVA FORTALECE LA FE PERSONAL Y COLECTIVA

La participación activa en la liturgia, lo que *Sacrosanctum Concilium* (14) llama "participación plena, consciente y activa", no es solo "estar presentes", sino involucrar el corazón, la mente y la vida en el misterio que se celebra; cada uno se involucra con fe y atención.

Cuando una persona participa activamente, indudablemente la fe personal se fortalece, porque no solo escucha, sino que responde, ora, canta, contempla y se ofrece junto con Cristo. La liturgia deja de ser algo externo y se vuelve experiencia viva de encuentro con Dios. La fe comunitaria también crece, porque la Iglesia no es un conjunto de individuos aislados, sino un solo cuerpo. Al celebrar juntos, se hace visible la comunión: "un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo" (Cf. Ef 4,5).

Se configura la vida cristiana, ya que lo celebrado se traduce en vida: la liturgia impulsa a la caridad, al servicio y a la misión. En otras palabras, la liturgia no solo expresa la fe sino que la alimenta, la forma y la hace madurar fortaleciendo la fe, uniéndonos como comunidad, impulsándonos a vivir la caridad y, así, nos va configurando cada vez más y mejor con Cristo. De esta manera, la participación activa en la liturgia se convierte



en camino de fe personal y comunitaria en el que se involucra la mente que comprende, el corazón que ora y la vida que se ofrece.

Siendo la liturgia acción de la Iglesia, acción del "Cristo total", la participación activa implica responder y orar junto con la comunidad, no al margen o desde la distancia con los otros. La liturgia nunca es un acto individualista; es la acción del pueblo de Dios reunido. Las respuestas, los cantos y los momentos de silencio no son simples elementos decorativos, sino expresiones de una Iglesia viva que dialoga con su Señor, incluyendo aquí las posturas y los gestos comunes que expresan la unidad, dejando a un lado la tendencia a vivir la liturgia como solamente un acto devocional personal, según el gusto y al aire de cada quien. Así, viviendo la liturgia en

**LA PARTICIPACIÓN INVOLUCRA EL
CORAZÓN, LA MENTE Y LA VIDA,
PERO CUANDO LA PARTICIPACIÓN ES
SUPERFICIAL O DISTRAÍDA, LA
LITURGIA CORRE EL RIESGO DE
CONVERTIRSE EN UN ACTO VACÍO,
QUE NO TRANSFORMA EL CORAZÓN**

unión y comunión, la fe deja de ser solo algo personal para convertirse también en experiencia de comunión.

Para que se progrese en esta participación activa se hace indispensable la permanente formación litúrgica. En su Carta Apostólica *Desiderio Desideravi*, el Papa Francisco enfatiza que para una participación fructuosa es indispensable una formación seria y dinámica que ayude a redescubrir la belleza de la celebración.

Finalmente, la participación alcanza su culmen en la comunión eucarística, donde Cristo mismo se nos entrega como alimento. Quien participa con fe no solo recibe un sacramento, sino que entra en una relación más profunda con el Señor, que lo configura con Él y lo envía. Los frutos de esta participación son evidentes: la fe se fortalece, la comunidad se une y la vida cristiana se vuelve más coherente. Por el contrario, cuando la participación es superficial o distraída, la liturgia corre el riesgo de convertirse en un acto vacío, que no transforma el corazón, y solo la rutina y la inercia prevalecen.

LA PARTICIPACIÓN ACTIVA EN LA LITURGIA SE CONVIERTE EN CAMINO DE FE PERSONAL Y COMUNITARIA EN EL QUE SE INVOLUCRA LA MENTE QUE COMPRENDE, EL CORAZÓN QUE ORA Y LA VIDA QUE SE OFRECE

Por eso, es fundamental redescubrir el valor de la participación activa. No se trata de hacer más cosas, añadiendo cada cual lo que le parezca, sino de vivir más intensamente lo que celebramos. La liturgia bien vivida nos forma, nos alimenta y nos envía al mundo como testigos del amor de Dios. En definitiva, la liturgia no es algo ajeno a la vida: es su fuente y su culmen y en la medida en que participamos activamente en ella, nuestra fe, personal y comunitaria, crece, madura y da fruto abundante.

Néstor Fernando
PEÑA RODRÍGUEZ,
Pbro.



CUMBRE

LA EUCARISTÍA, FUENTE DE CONVERSIÓN

Y FUENTE

«Conviértanse, porque está llegando el reino de los cielos» (Mt 4,17) son las palabras con las cuales Jesucristo inició su ministerio público en Galilea. Y este llamado fue recurrente durante su ministerio, como lo leemos en Lucas 5, 31: «yo he venido a llamar a los pecadores para que se conviertan». Su intención nos permite comprender los frutos del encuentro con Zaqueo y con la Samaritana,

entre tantos otros que fueron fuente de transformación interior.

Ahora bien, la conversión es una experiencia continua que se inspira en el misterio pascual. Justamente, la obra de salvación más grande la realizó Cristo en el Calvario, y se convirtió en punto de quiebre para el pecador llamado al arrepentimiento, como Jesús mismo lo profetizó: «Cuando yo sea levantado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32).

La Iglesia conmemora este acontecimiento salvador en los sacramentos, siendo ellos signos visibles y eficaces de conversión. Así, por ejemplo, el Bautismo libra del pecado original e integra a la familia divina y a la Iglesia; la Confesión reconcilia con Dios y devuelve a la vida de la gracia. Y qué decir de la Eucaristía: ella es fuente de conversión, ya que penetra —por la Palabra y el Pan santísimo— lo más profundo del corazón hasta generar un movimiento interior de vuelta a Dios que se consolida cada vez que tomamos parte en el sacrificio del Señor.



La Eucaristía es fuente de conversión que penetra el corazón hasta generar un movimiento interior de vuelta a Dios



El Catecismo enseña que “la conversión y la penitencia diarias encuentran su fuente y su alimento en la Eucaristía” (n. 1436). Es decir, que la conversión no se queda en una decisión personal, sino que, en primer lugar, se inspira en la Eucaristía, ya que en ella se ofrece el sacrificio que reconcilia con Dios y da sentido a la conversión, pues, de nada serviría esta última si no hubiera un sacrificio que la hiciera agradable y posibilitara el retorno a la amistad con Dios. La Eucaristía es, pues, medicina para el alma. En segundo lugar, la conversión tiene en la Eucaristía el alimento que la nutre, ya que no sucede de un día para otro, sino que es fruto de un continuo caminar que libera del pecado por el alimento celestial que la sustenta. Con todo, la Eucaristía es medicina y alimento para la conversión.

Presbyterorum ordinis (Cf n.5) declara que en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, ya que en ella se nos ofrece a Cristo que da vida a los hombres. No hay mayor bien espiritual que Cristo en nuestras vidas, y lo recibimos al alimentarnos de su Palabra y de la Eucaristía con la debida disposición de corazón. La conversión retorna al penitente a la vida en Dios, como el pródigo que volvió a casa y cuyo padre dijo de él: “estaba muerto y ha vuelto a la vida”.

La Eucaristía convoca a los fieles para llamar a unos a la conversión, para fortalecer y animar a otros a permanecer en esta intención y para celebrar juntos la fiesta de la redención hecha banquete, donde Jesucristo es, al mismo tiempo, sacerdote —por ser el mediador entre Dios y los hombres—, víctima —al ser Él quien se ofrece como sacrificio perfecto y sin mancha— y altar —porque se convierte en el espacio sagrado del convite pascual dispuesto para que todo el que coma y beba tenga vida en Él.

Wilson
COBALEDA CÁRDENAS,
Pbro.

**La Eucaristía es
medicina y alimento
para la conversión.**

VER CON LOS OJOS DE JESÚS: UNA MISIÓN EVANGELIZADORA INCLUSIVA E INCLUYENTE PARA Y POR LAS POBLACIONES CON HABILIDADES DIVERSAS

Para entender la misión evangelizadora con los ojos de Jesús, esto es, de manera inclusiva e incluyente, debemos percibir y responder: ¿Con quiénes se relacionaba? ¿A quiénes acogía? ¿Cómo amaba el Señor? ¿Cómo los miraba con ternura y preferencia? Estas poblaciones que Jesús elegía representan otras-otredades que son y deben ser parte de nuestra misión evangelizadora; son ellos los que Jesús acogía sin ninguna discriminación, y son ellos a quienes debemos visibilizar y amar. Mencionadas actualmente como "Poblaciones con habilidades diversas" denotan alguna condición, situación, orientación y/o dificultad diferente, pero con igual dignidad, con corazones abiertos y transparentes, dispuestos a ser escuchados, amados, y esencialmente ávidos de ser sujetos acogidos por la Iglesia. En Juan 9,1-7 leemos: "Jesús, al pasar, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos: "Rabbí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego"? Respondió Jesús: "Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios. Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo". Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva, y untó con el barro los ojos del ciego y le dijo: "Vete, lávate en la piscina de Siloé" (que quiere decir enviado). Él fue, se lavó y volvió ya viendo."

Lo detallado conlleva a comprender de manera directa la actitud de Jesús frente a la diversidad. Jesús ve al excluido: Jesús no busca culpables, revela propósitos; rompe la idea de que ser

diverso no es castigo ni maldición, sino la oportunidad para que la comunidad aprenda misericordia. Jesús actúa con gestos concretos, por lo que el envío a Siloé puede significar participación y confianza: ¡Podemos lograr otras deliberaciones desde la forma de interiorizar!

Esto nos lleva a preguntarnos: ¿A quiénes no estamos viendo en nuestra misión evangelizadora? ¿En las dificultades me hundo o veo oportunidades para crecer, creer y madurar? ¿Existen barreras físicas o actitudinales respecto a la diversidad? ¿A quiénes estoy mirando con prejuicio? ¿Veo en la fragilidad un lugar donde Dios pueda manifestarse? ¿Qué necesitaríamos mejorar en nuestra misión evangelizadora para que sea inclusiva e incluyente? ¡Solo al interior del corazón podemos dar respuestas!

El Señor nos invita a mirar con sus ojos, a romper prejuicios, a crear espacios inclusivos e incluyentes en la comunidad, a valorar los dones, habilidades, capacidades y carismas de cada persona.

Señor Jesús, quita mis cegueras interiores, mis cegueras pastorales. Enséñame a ver dignidad donde el mundo ve limitación. Haz de mí un

instrumento de inclusión. Haz de nuestra catequesis un espacio donde todos tengan lugar, para que nadie se sienta excluido en tu Iglesia, para que nadie se sienta invisible en tu Iglesia.

Llévame a proponerme: ser accesible y asequible con esas otras-otredades; adaptarme y aceptar al otro como es, sin excepciones; trabajar con el núcleo próximo de las personas con capacidades diversas; acoger y abrazar a esas otras otredades imitando la actitud de Jesús, con amor y entrega; ser inclusivo e incluyente siempre en mi actuar como evangelizador, nunca aislar, ni discriminar a esos hermanos; formarlos con empatía cristiana en mi misión evangelizadora.

*Solangel
MATERÓN PALACIOS,
Doctora en bioética, magíster en
desarrollo social, especialista en
educación especial. Post doctorado en
Innovación pedagógica.*



Escanea el código QR para ver el artículo completo



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

*Coordinación arquidiocesana
de vida litúrgica y oración*

INTERACTÚA CON NOSOTROS POR MEDIO DE NUESTRAS REDES



liturgiayoracion@arquibogota.org.co



coordinacionvidaliturgiayoracion.arquibogota.org.co

Si deseas apoyarnos te invitamos a realizar una donación:
Cuenta Corriente Banco Caja Social N° 21500303066 a nombre de la Arquidiócesis
de Bogotá NIT. 860.021.727-6